ciada por el anciano Simeón, y acometían á su alma los dolores.

Cuando el dolor es consecuencia de desmanes de la voluntad contra las leyes divinas, el dolor es un castigo, que llevan consigo nuestras culpas, y el pecador creyente debe aceptarlo sin réplica, ni queja, ni desesperación, como justa expiación de los delitos. ¡Ay!, no lo acepta así el impío, que neciamente quiere ser independiente de Dios, y apenas cae sobre sus hombros la cruz que él escogió y formó, pensando que preparaba delicias delincuentes para toda la vida, cuando sale de sus labios la blasfemia, reconociendo á Dios, puesto que lo maldice, como autor injusto de aquellos dolores, y obran sus manos impulsadas por la ira y su inteligencia empobrecida y maleada se amotina contra el cielo. Y entonces la cruz se torna más pesada sobre sus hombros, porque añade nueva carga á sus antiguos pecados, que son su cruz, con las presentes maldiciones.

Cuando el dolor viene, como prueba de la virtud, para acrisolar al justo en el fuego de la tribulación, el justo se humilla é inclina la frente, como el árabe en el desierto, cuando ruge el simoun, levantando oleaje de arenas abrasadoras.

José se humilla delante de Dios, que tales dolores le anuncia por boca de Simeón, y quisiera tener mil vidas que poder sacrificar, para evitar á Jesús tales tormentos, y al Verbo divino ofensas tan atroces é insensatas. Pero su paz no se altera, aun cuando se despedaza su corazón. Como el águila en el espacio es más arrogante, cuando más alta va y más vientos soplan contra ella, así es mayor la pujanza de José en el sufrimiento, y más grande su paciencia y serenidad, cuando parece más invencible la contradicción. Que á medida que el dolor es mayor y más recia la lucha, siente más cercana y poderosa la ayuda de Dios.

José sufre por los futuros dolores de Jesús, porque lo

ama con todo su corazón y con toda su alma; y la consideración de los tormentos sin entrañas que esperan al Niño inocente y al Verbo de Dios libérrimamente vestido de nuestra carne, prestan valor gigantesco á José, para sufrir con resignación y hasta con doloroso regocijo; porque si ha de padecer la inocencia y Dios ha de ser crucificado y puesto entre ladrones, ¿qué mucho que aguante las torturas del dolor José, que se juzga y se tiene por ruin gusanillo de la tierra?

II

Gozo.

Pero Dios, según la expresión del Profeta, *potum dabit nobis in lacrymis in mesura* (1), y he aquí con mano poderosa, arranca de la imaginación de José aquellas dolorosas representaciones, y hace que suenen en sus oídos, como una música deleitable, estas otras palabras del anciano Simeón: *Positus est hic in resurrectionem multorum in Israel.* Este Niño ha sido puesto para levantamiento de muchos en Israel. El corazón de José se dilata; su rostro se ilumina de una inefable sonrisa, y el porvenir se presenta á sus ojos bañado con los colores de la gloria. Jesús será amado; la tierra se convertirá en un trasunto del cielo, y por todas partes se escucharán cánticos de amor y de alabanza al Mesías ya venido, y dulces bendiciones para su santísima Madre. José mira en profética visión cómo los Apóstoles de Jesús se extienden á lo ancho y á lo largo de la tierra para convertirla á El. Allí ve á Pablo, como á manera de un mar, que traspasa la orilla y avanza inundando la tierra, cruza las regiones

(1) Psalm. LXXXIX, 6.

008423

de Oriente y Occidente, predicando la fe; míralo en la Palestina y en Efeso y en Macedonia, en Mileto y en Antioquía de Pisidia; míralo anegar los templos de Atenas la cómica; y luego, como una nube cargada que se levanta en medio de los mares, lo ve coronar las crestas de los Alpes y bajar á Roma, y deslizarse como un torrente por entre los pórticos soberbios de la ciudad de las siete colinas, predicando la *buena nueva* y llevándose en pos de sí los corazones de los gentiles.

José ve los otros Apóstoles, que se extienden por las diversas regiones de la tierra, desde Frigia hasta las Galias y la Dalmacia, desde Zaragoza hasta Epiro, desde Tracia hasta la India, desde la Persia hasta la pequeña isla de Patmos; y del corazón de José se levantan tantas bendiciones para Jesús, cuantas almas ve conquistadas por los Apóstoles para el cielo. Y luego ve á Pedro manifestando su heroísmo, que no en vano ha sido nombrado Príncipe de la Iglesia. Lo ve como fuego que prende en la selva y avanza consumiendo todo lo que sus llamas encuentran al paso. Ya abrasa los altivos cedros del Líbano, en que están representados los hijos soberbios de Jerusalén; ya tiende á Joppe y Cesarea; ya cae sobre la ciega Antioquía, y allí, como las aguas de un torrente, que se extienden formando lago, al llegar á una honda vega, reposan las llamas de su caridad de Apóstol y lo deja todo abrasado en la fe de Jesucristo; ya, en fin, se levanta en forma de globo de fuego, como el disco del sol de las ondas de los mares, y aparece por entre los riscos del Apenino, como un volcán, que estalla y revienta y se derrama en ondas de lumbre, que ruedan, desoladoras del paganismo y llegan á la ciudad del Capitolio, dejando el fuego de la caridad depositado en sus entrañas. Y José mira cómo el incendio del amor de Jesús se ha apoderado de la señora del mundo, para concluir con la soberbia gentílica y enamorarla de la humildad vivificante del cristianismo.

José ve que rueda el tiempo y que expira el siglo IV de la Iglesia; que el Tíber no arrastra ya en sus turbias ondas la sangre de los mártires; y que á los nombres de Constantino y de Teodosio se estremecen las almas de placer y respiran ansiosas el aire de libertad, como gacelas perseguidas largo tiempo de los tigres y que al fin se miran en salvo con la muerte de su iracundo enemigo. Roma es ya cristiana y lo son también los infinitos pueblos adonde alcanza su dominio.

José extiende su mirada á otros horizontes llenos de sombras, y los mira iluminarse con la esplendorosa luz del Evangelio. Y de las enmarañadas selvas de las regiones del Septentrión, como buitres que acuden al olor de la presa, salen los bárbaros salvajes, pero no corrompidos, y los hérulos, los hunnos, los lombardos, los alanos, los silingos, los vándalos y los godos caen sobre el imperio de Occidente, teniendo entonces lugar aquel singular prodigio de que los vencidos, por ser cristianos, dieran la civilización á los vencedores. José ve á Clodoveo, rey de los francos, arrodillado delante de San Remigio, y oye que el santo Obispo le habla diciéndole, y en él á todas sus bárbaras cohortes: *fiero Sicambro, adora lo que quemaste y quema lo que adoraste;* y observa que los falsos altares se derrumban destruidos, y que se levantan misteriosas como los dogmas, é inmensas, á semejanza de los cielos, las basílicas cristianas.

Y ve el Santo Patriarca que el tiempo corre veloz, como saeta disparada, y mira surcando las ondas del inexplorado *tenebroso mar* las intrépidas carabelas de los Pinzones, con las que el sabio mareante genovés encuentra para el viejo un *nuevo mundo*, dormido entre las brumas del Atlántico en sueños de idolatría, y lo despierta á la luz de la civilización tocando su frente con la vara de la fe; porque nuevos apóstoles cruzan los mares y, arrostrando la persecución y el martirio, siembran la paz cristiana entre aquellas hordas salvajes, tornándolas el

agua del Bautismo, de fieras de las selvas entregadas á la lucha, en hijas de la caridad y del amor.

Y luego torna José la mirada al viejo continente y observa cómo nuevos campeones y atletas de la fe riñen batallas con el ángel rebelde á Dios y lo vencen en todos los encuentros y emboscadas. Ve los valientes hijos de Domingo de Guzmán, de Francisco de Asís y de Ignacio de Loyola peleando contra las herejías; á los hijos de Camilo de Lelis, arrebatando en el trance de la muerte las almas de los moribundos de las manos de Satanás; á los caritativos de Juan de Dios, curando á los pobres enfermos y ganándolos para el cielo; á los hijos humildes de José de Calasanz, luchando con la ignorancia de la niñez y enseñándoles el temor de Dios, fuente de sabiduría; y á las benditas hijas, en fin, de Clara de Asís y de Teresa de Jesús, levantando al cielo plegarias encendidas y entregándose á los ayunos y á la mortificación de los sentidos, para que Dios derrame sobre el mundo el rocío de su compasiva misericordia.

¡Oh!, y qué gozo más hondo se apoderó del corazón de José ante el cumplimiento glorioso de las palabras de Simeón: *Positus est hic in resurrectionem multorum in Israel*. Este Niño ha sido puesto para el levantamiento de muchos en Israel. Este gozo nace del amor que se recrea y se alegra con los triunfos del Amado, y no hay dicha en la tierra con que poderlo comparar.

Saber que se ama la Verdad y el Amor, ya es grande dicha en este mundo lleno de mentiras y egoísmos. Ver cómo esta Verdad querida y este amado Amor triunfan de todas las sombras é ignorancias y de todos los rencores del odio, es la suma y plenitud de todas las venturas de la tierra.

Y cuando este gozo no tiene ni una partecica de egoísmo, porque no se piensa escalar el poder con el triunfo de la verdad, ni vengar ofensas añejas, ni ensañarse en la ruina de los enemigos con las victorias del Amor, en-

tonces es oro puro acrisolado sin mezcla ni amalgama de otros ruines metales. José se alegra con los triunfos de Jesús y no sueña, porque no lo desea, cobrar poderío con ellos para dirigirse á Belén y exigir cuenta y razón á sus desconsiderados habitantes de por qué le dieron con las puertas en el rostro, cuando llamó á ellas menesteroso de hospedaje para su esposa; ni presume que en aquellas futuras victorias de la verdad y derrota de las pasiones ruines, él ha de participar de las ganancias y despojos del combate, porque será nombrado en el cielo Patriarca universal de todas las generaciones cristianas y adalid insigne de la vida de las almas, con derechos y prerrogativas contra los fueros inexorables de la muerte.

Cuando en la alegría por el triunfo de la persona amada hay mezcla de la malicia de la ambición ó del placer de la venganza, ya no es el gozo puro y tranquilo, pues basta una nota que discrepe en el concierto de las demás, para producir la sensación desagradable de la desarmonía.

¡Oh, y cuán poco abunda en la tierra la alegría desinteresada y sin mezcla de la levadura de las pasiones! Por eso de los más arrebatados gozos, suelen nacer las más tristes desventuras, y el que se ríe sin tino con sus propios gozos ó de la desventura ajena, está presintiendo, en lo más culminante de la risa, que luego ha de llorar.

Del apetito saciado con la fruta prohibida nació nuestro destierro del terrenal paraíso, y desde entonces acá, de todos los ilícitos placeres provienen generaciones de desdichas, las unas con las otras eslabonadas. Del placer de la soberbia que usurpa el trono, nace la afrenta del descalabro y el castigo de la muerte afrentosa cuando el trono es recuperado; de los pecaminosos goces de la concupiscencia, los hijos bastardos que van arrastrando por todas partes la honra de sus insensatos progenitores; y de la sórdida alegría del oro amontonado en arcas estériles para el bien, el desasosiego del insom-

nio ó *el sudoroso despertar del rico avaro temblando en el angosto lecho* (1) por miedo á los bandidos asaltadores.

¡Cuán sosegado es el gozo de José, que se alegra sin malicia y se regocija de los triunfos de Jesús sin deseo de ningún mal, sino precisamente por la vista de todos los bienes!

¡Oh mansísimo José! Tú, envuelto en la humilde túnica de los artesanos de Nazaret, con la frente sudorosa y las manos encallecidas en el servicio de tus prójimos, miras delante de ti á aquel profeta venerado de Judá, y á la venerable profetisa hija de Fanuel, aguardando tu permiso, para adorar al Niño que está bajo tu custodia; tú los escuchas hablar de Jesús á todos los que esperaban la redención de Israel, *et loquebantur de illo omnibus, qui expectabant redemptionem Israel* (2); tú miras cómo las vírgenes del templo abandonan sus salterios y vienen como palomas enamoradas á recrearse en el divino rostro de Jesús, y miras el asombro retratarse en la faz de la muchedumbre, que invade el templo, y brotar aquí y allá lágrimas de los ojos y bendiciones de los labios, y no te engríes ni te llenas de embaimiento por ser el custodio de aquel Niño tan deseado, sino que te alegras con la más pura de las alegrías, viendo á la presente generación ofreciendo á Jesús el homenaje de su respeto y de su cariño y contemplando en lontananza á los siglos arrodillados y estremecidos de amor delante del Cordero Inmaculado. *Positus est hic in resurrectionem multorum in Israel.*

Tuvo, pues, ¡oh cristianos!, el santo Patriarca José resignación en el dolor, puesto que no desconfió, ni desesperó de la divina misericordia y templanza en el placer, pues fué inmenso sin ser orgulloso y hondo sin llegar ni á los linderos del egoísmo.

Así nos dió alto ejemplo para que sepamos cuál ha de ser nuestro camino en los pesares y de cuáles precipicios

(1) Lup. Argensola.
(2) Luc., II, 38.

nos debemos apartar en nuestras dichas. Y ya que es tan débil nuestra paciencia en el dolor, que un solo contratiempo nos pone melancólicos, si no nos desespera, y tan alborotado nuestro corazón en la alegría que no sabemos alegrarnos, sino siendo egoístas ó á costa de la dicha del prójimo, caigamos de rodillas ante los altares del santo Patriarca y con santa codicia de la salvación de nuestra alma, digámosle de lo íntimo de nuestros corazones:

¡Oh Santo Patrono universal de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo!; tú que juntamente con María, tu Esposa, fuiste el primero en sufrir las amarguras y los trabajos con que fué constituida y el primero también en gozarte con sus triunfos y victorias inefables; míranos á tus plantas; nosotros, hijos fieles de esta Iglesia y soldados de sus huestes, no queremos formar parte en aquella innumerable serie de perseguidores, de herejes y de cismáticos, de impíos é indiferentes, que tanto atormentaron tu corazón, cuando á las proféticas palabras del anciano Simeón cruzaron por delante de los ojos de tu alma; sino de aquella otra espléndida falange de apóstoles, de mártires, de confesores y de vírgenes, que depositaron sus coronas delante del Cordero sin mancilla; míranos al pie de tus altares; en tus brazos tienes la suma de todos los bienes y el remedio de todos los males, la fuente de todas las delicias, la solución de todos los problemas y conflictos (1), el *alfa* y el *omega* (1) de donde venimos y adonde vamos, y la mano providente que da hartura á todos los hambrientos; ruégale que nos dé consuelo en nuestras penas, paciencia en los trabajos, resignación en los dolores, humildad en nuestras dichas, generosidad en las victorias, templanza en la alegría y amor de Dios en todas nuestras obras; para que sea este destierro crisol en donde se purifiquen nuestras almas y se preparen para los gozos de la eterna bienaventuranza. Amén.

(1) Apoc., I, 8.